

ECOS DE LA PALABRA

Bendecidos para la misión

Reflexiones sobre el evangelio de Lucas 24,46-53 (Ascensión del Señor Ciclo C)



El tiempo de la Pascua fue para los discípulos un tiempo para fortalecer la esperanza, para animarse en la misión y para llenarse del gozo que da el triunfo de la vida. Cada encuentro con Jesús, en medio de la cotidianidad del grupo de los discípulos, les iba ensanchando el corazón, parafraseando a los de Emaús, el encuentro les hacía arder sus corazones. No obstante, y a pesar del gozo de la comunidad, con frases como “conviene que yo me vaya...” “me voy pero volveré...” “Estaréis tristes pero vuestra tristeza se convertirá en alegría...” etc., Jesús les empieza a preparar para vivir la nueva etapa que estará determinada por la presencia del Espíritu.

De los textos que se nos propone para este domingo me surgen tres reflexiones para

compartir en estos Ecos de la Palabra.

Nos dice el texto de los Hechos de los Apóstoles (1,1-11), en el que se narra la Ascensión, que “se les presentaron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?”. Jesús, como el mismo lo dice, regresa al Padre pero sigue en la vida de la comunidad a través de nuevas formas de presencia. En primer lugar, a través del Espíritu que nos lo enseñará todo y nos llenará de una fuerza interior capaz de derribar todos nuestros miedos y de ayudarnos a disipar nuestras dudas. Y, en segundo lugar, a través de la **comunidad que se hace misionera y testigo** de la transformación que ha obrado en ellos la experiencia de Jesús. Es, ante esta segunda presencia, que resuena la frase de los Hechos: como comunidad de discípulos no podemos quedarnos plantados mirando al cielo, es la hora de discurrir por el mundo y por la historia anunciando y testificando los valores del reino que nos han seducido y que creemos pueden aportar al proyecto de una humanidad reconciliada, digna y feliz. Es la hora de salir de nuestras estancias de confort y de nuestras seguridades para proponer formas alternativas de vida a los hombres y mujeres de hoy que, entre otras, han de pasar por la justicia, la paz, el amor sin límite, el respeto a la diversidad y la búsqueda de la profundidad del ser en contraste con la superficialidad que nos ofrece por doquier la sociedad del consumo y de las alfombras rojas.

La segunda reflexión la sugiere el evangelio: “Y, mientras los bendecía, se separó de ellos”. Más allá de la discusión que tienen los biblistas y teólogos sobre la historicidad del hecho de la Ascensión (yo personalmente creo en su valor simbólico y catequético), siento que lo importante está en el gesto de Jesús... en la bendición que acompañaba aquél momento. Hoy, en este cambio de época, los cristianos debemos tomar conciencia de que somos **herederos de una bendición**, que estamos llamados a *decir bien* en un entorno social donde la maldición es más frecuente, no sólo de palabra, sino por la conculcación de los derechos fundamentales de cientos de pueblos y de millares de personas. Decir bien es apostar por el futuro aportando los criterios del evangelio que hace que la persona humana, y no el comercio, sea el centro de la historia y de todos los proyectos sociales. Decir bien es generar una cultura para la paz y la justicia. Decir bien es abrir puertas para incluir. Decir bien es favorecer a las comunidades cristianas que quieren hacer del evangelio su norma de vida. ¡Hay tanto que bendecir!

Y la reflexión final. Las nuevas formas de la presencia de Jesús y el sabernos bendecidos por él en nuestra misión es lo que nos llena de alegría. Como “ellos (que) se **volvieron a Jerusalén con gran alegría**”, vayamos nosotros a nuestras familias y comunidades con la alegría de saber que Jesús está con nosotros.

Javier Castillo, sj
Director del Centro Loyola de Pamplona